

Humberto Giannini

Universidad de Chile

Departamento de Filosofía

HOMENAJE A ENRICO CASTELLI

En Chile hemos conocido el pensamiento de Enrico Castelli a través de tres obras suyas traducidas en nuestro país: *Lo demoníaco en el Arte*; (1963), *Pensamiento y días* (fragmentos, Rev. de Filosofía, 1966) y *Existencialismo teológico* (Rev. Mapocho, 1967). Y nos había prometido un prólogo para la edición española de *Tempo esaurito* —se complacía en repetir su equivalente en nuestra lengua: Tiempo Agotado. Por una u otra razón no pudimos realizar esta publicación que ya estaba pactada.

Si hubiésemos encontrado editores no habríamos vacilado, por nuestra parte, en publicar también su obra *L'Indagine quotidiana*, obra que es justamente eso: una investigación cotidiana, callejera, del sentido de las cosas y de la vida y que tiene como resultado. una profunda revalorización del sentido común, tan zarandeado por los filósofos.

'Arrastro en la intimidad la nostalgia de la inalcanzable experiencia común. Por años esta nostalgia me ha empujado a tratar de coger la intimidad ajena. En los hombres, la amistad; en las mujeres, el amor. Pero, la nostalgia ha permanecido, con todas las experiencias intentadas... En el campo teórico, el intento de superar la teoría del sujeto único¹; en la actividad práctica, el intento de superar la experiencia meramente individual. Estas, las dos finalidades de mi vida...'

¹ 'Las vías de la razón? Ilusiones. Si se quieren recorrer se llega a la conclusión de que 'lo' sentido (el objeto del sentir) es inseparable de quien siente, de que la unidad del sentir viene del objeto y que el sujeto no puede salir fuera de sí: demencia el pretenderlo. Sólo razona a condición de reentrar en sí, e indefinidamente. Concluye la dialéctica: lo demoníaco no existe fuera de nosotros. Si existe, es immanente a la

consciencia. He aquí el momento lúcido del delirium condenatorio. Reentrando en sí por los fuecos de la razón, el hombre encuentra a Satanás. Es razonablemente demoníaco. Las vías de la razón pura nos llevan a otra parte que a la pura razón, la cual no tiene razón alguna de encontrar otra cosa que no sea ella misma'. E. Castelli, *Lo demoníaco en el arte*. Edic. Universitarias, 1963.

Con estas anotaciones empieza Castelli su *Diario íntimo, Pensamientos y Días*, en 1941. Es el año en que la teoría del Sujeto Único político —el fascismo— ha arrastrado a Italia a la experiencia dolorosa de la guerra.

Desde 1961, Castelli ha venido invitando, año tras año, a los más destacados filósofos, teólogos e historiadores del mundo occidental (y también oriental) a fin de profundizar en el problema que Bultmann había planteado a la experiencia religiosa, a propósito de su proyecto de 'demitización'². Hasta 1976 se habían publicado a raíz de tales encuentros en Roma, más de 12.000 páginas sobre el tema.

Así es, pues, cómo Enrico Castelli iba dando aliento a su búsqueda de una experiencia común, inseparable por lo demás, según su parecer, de la experiencia religiosa.

Hace algunos días recibimos la noticia de su muerte. Para los que lo conocíamos desde hace muchos años, ha sido una noticia dolorosa.

Recordándolo, repasando lo que hemos subrayado de su obra en tantos años de lectura, nos vuelve a cada instante esa urgencia de su vida como él dice, 'aquella nostalgia de coger la vida común', la experiencia de todos. Por lo que quisiéramos publicar en su homenaje algunas páginas llenas de espíritu y de gracia en las que nos va relatando esa búsqueda cotidiana de la experiencia común.

Ya nos referiremos en otra oportunidad al sentido y al alcance de esa búsqueda.

² Castelli representa la más clara oposición a este 'proyecto'. Acerca de este debate: Humberto Giannini, 'Historia y Apologética (En torno a los congresos romanos de filosofía). Rev. de Filosofía, vol. xi, 1964 n. 1/2. Carlos Miranda; Her-

menéutica y demitologización, Anuarios de la Sociedad Ch. de Filosofía, 1974, Bultmann y el problema de la desmitologización, Rev. de Filosofía, vol. xv, 1977.

ALGUNOS FRAGMENTOS DE "LA INDAGACION COTIDIANA"

Es cierto que para liberarse del sentimiento de malestar de haber sido arrojados en el mundo, no hay sino un medio; arrojarse al mundo; esto lo ha indicado el Cristianismo. (*Pensamientos y Días*, 1944)

Con este título el que escribe ha creído oportuno unificar tres ensayos publicados hace algunos años: *Preludio a la vida de un hombre cualquiera* (1941); *Comentario acerca del sentido común* (1940); *La experiencia común* (1942). Los dos primeros bajo el pseudónimo de Darío Reiter.

Un crítico agudo quedó pasmado y escandalizado también al leer mi diario íntimo, *Pensamientos y Días*, que publiqué a fines de la última guerra mundial. Y ha escrito: 'Si se recortaren, se mezclaren y se recompusieren al caso los trozos publicados, el diario no cambiaría en absoluto'. Ese juicio bien podría repetirse a propósito de esta *Indagación cotidiana*. ¿Pero, es un motivo de acusación? No cambiaría el diario porque sería una de las tantas posibilidades realizada: otra vida. He aquí la cuestión. Sería de todos modos un diario, pero, otro. Y justamente por ser auténtico es que nació la idea de mezclar los instantes. Si no fuera auténtico, si se tratase de un libro con forma de Diario, entonces no habría surgido la idea. No es lícito concluir: 'pero, entonces la vida es un caos y la vida auténtica, la misma caoticidad de los instantes'. No es lícito, pues queda por demostrar que los instantes combinados no constituyen una unidad lógicamente significativa.

Una vida es siempre una exhortación. Esto no lo entendió mi crítico. El hilo conductor hay que encontrarlo. Siempre hay una moral en la fábula; sin embargo, pedagógicamente, es mejor dejarla al lector, a las otras vidas, en vez de señalarla con el acostumbrado: 'Ves...'; que en este caso específico se traduce en '...la existencia con los otros comporta el siempre...'; o también: 'No se comprende si no se ama...'; y 'Mira, que te pierdes sin Dios', subentendidos lógicos de la experiencia común que un verdadero diario saca a la luz.

El valor del sentido común tiene su raíz en su carácter de ser común,

es decir, en ser el supuesto de todo discurso. La crítica puede levantar objeciones contra él; sin embargo, su valor permanece inalterable. Una doctrina no condividida es casi un ejercicio de laboratorio. Un ejemplo: se sabe que la forma de un coleóptero no es la que aprehendemos a simple vista. El microscopio (la ciencia, la doctrina) nos permite coger, se nos dice, la forma verdadera. Esto lo sabe el hombre diferenciado y con todo, se comporta respecto del coleóptero como aquellos que ignoran la doctrina (el uso del microscopio): se comporta como todos. Un ejercicio de laboratorio es algo que se diferencia del saber común, y no obstante, este diferenciarse no altera el sentido común incluso respecto del objeto del experimento (el experimento del laboratorio), ya que el valor del sentido común trasciende la doctrina. No se niega la importancia de la doctrina, pero ésta es, en cierto aspecto, menos que el sentido común; aunque en otros, sea más. El sentido común es una orientación que no recibe desmentidos de la ciencia del laboratorio. Demente, el que pierde el sentido común, ignorante el que lo desvaloriza. En esto el acuerdo es unánime.

En el ensayo *Comentario acerca del sentido común* hemos fijado con más precisión la observación que recién hemos hecho.

El sentido común (no confundir con el vulgar) valoriza la vida con un acto continuo de voluntad; no se opone al sistema, pero el sistema debe ser construido, y para construirlo se debe partir del sentido común, y aceptarlo como válido. Y podrá ocurrir que el saber crítico construido (la ciencia, la filosofía) reconozca como no válido el saber común, punto de partida. Poco importa: puede ser no válido, pero siempre tiene un valor (tiene valor aquello que no tiene equivalencia, y el sentido común no tiene equivalencia: no podemos sustituirlo con otra cosa para llegar a ese saber que no lo reconoce ya como válido).

Vivir siguiendo el sentido común es, como ya había hecho notar vivir la vida de todos; aquello común que hace que la vida de uno participe de la del otro y sea solidaria con el dolor y con la alegría que la acompaña...

V. ... La acera está resbaladiza. Pasan hombres, mujeres, niños. Y pienso en el hecho innegable que las pasiones se transportan. Parece absurdo.

Y sin embargo, la preocupación de ese hombre se encuentra ahora en la esquina de la calle A, en el cruce de la calle R. Ahora se ha desplazado más allá. Absurdo. Pero ridículo pensar lo contrario. Ahí está. Se detiene y un auto, casi lo atropella. Un paso más y sus preocupaciones no se habrían encontrado ya en ese cruce. Vuelve a intentar atravesar la calle. Está pálido. Tal vez la emoción de casi ser atropellado. Habla consigo mismo. Levanta la mano derecha como si tuviera que explicar algo. Sus preocupaciones se encuentran exactamente a la altura de un afiche mural de la Opera. Se detiene: anota el día y la hora del espectáculo.

¿Por qué se excluye el hecho que las preocupaciones tengan que ver con la especialidad?

Sus pensamientos han cambiado de curso, seguramente, por el llamado visual del anuncio publicitario. Ya no lo veo. Entró en su negocio. Las preocupaciones, en el negocio...

VI. —¿Tú por aquí?

— ¡Oh!

Un apretón de manos: es un viejo amigo.

— ¿También por negocios?

— Lo de siempre.

(Pasa un perro de carrera; corre, corre; ¿dónde irá?)

— ¿Qué estás pensando?

— Perdón, en nada.

— ¿Siempre distraído?

— Eh, desgraciadamente...

También ese perro está preocupado. La preocupación, único término que liga a los hombres y las bestias.

— Bien, y qué se cuenta?...

Nos ponemos a caminar juntos. El perro ha desaparecido. Sería recomendable prohibir el uso de la bocina. Vuelan dos motociclistas en competencia. La estupidez de la carrera. Pasar adelante, ser el primero. Ridículo. El riesgo. Arriesgarse.

Mi amigo habla de sus negocios: Así estamos: siempre las mismas

dificultades; antes de cerrar un negocio pasan semanas y semanas... Mi amigo tiene la manía de tomar por el brazo y dar pequeños apretones cada vez que termina una frase. Me dejan indiferente sus intereses. Es molesto, por lo demás, sentirse tomar del brazo.

—¿Y dónde irás este verano?

No sabe que vivo al día. Me dan ganas de reír. (Este verano —quisiera decirle— me vencen tres letras). Es muy probable que tenga que recurrir a una nueva letra para hacer frente a las otras. Pero, ¿quién me dará crédito?

—Creo que iremos a Val Gardena.

Respuesta de cortesía. Este hombre también tiene el defecto de ir empujando inconscientemente hacia el muro. Ya no tengo espacio, estoy rozando con el brazo derecho el zócalo de travertino. Palabras sucias borradas a medias. Acaso el fijarlas en la muralla sea un modo instintivo para liberarse de ellas. Pero, la naturaleza se venga de ser un mero instrumento. Las devuelve al alma a través de los ojos. Quien las escribió las relee y se aleja riendo descaradamente. ¿Ríe, porque se da cuenta de estar todavía prisionero de ellas? Quizá. Pero también otros serán prisioneros. La solidaridad del eterno retorno es ilusoria liberación. Más allá un dibujo pornográfico. Más palabras obscenas... Una mancha de barniz. Luego un nombre: Jul... (¿Será Julio o Julia?).

—El año pasado estuve en Alto Adige...

Al otro lado de la calle un carabiniere le toma los nombres a dos automovilistas. De una ventana cae un fragmento de carta. Me viene la curiosidad de leerla, pero es una curiosidad del instante, porque la letra y la posibilidad de un protesto me sigue por todas partes: obtener el dinero para una prórroga y esta puerta; optar el dinero y la esquina, obtener el dinero y la bicicleta que haciendo una amplia curva nos sale al paso. Una señora sale repentinamente de un portón. Obtener el dinero. Nos tenemos que detener para dejarle el paso. Residuos de educación caballeresca. Mi amigo mira el reloj.

—Bueno, lamento tener que irme...

—¿Hasta pronto?

—Así lo espero...

Tengo que sonreír para demostrar complacencia por haberlo encontrado. Pero, si un benefactor me enviase un giro anónimo. Pienso a menudo en eso. Recuerdo haber leído en un diario que un fulano se comió la letra. Me imagino que vuelvo a casa y encuentro el giro anónimo...

Las calles están llenas de hombres como éste, decididos a vivir a cualquier precio. Hombres, mujeres, niños... Y se empujan, se aprietan para abrirse paso, como si todo el mundo fuese una inmensa muchedumbre que corre hacia un espectáculo extraordinario, que merece ser visto a precio de cualquier sacrificio. Porque, de hecho existen dos tipos de muchedumbre: la muchedumbre formada por un conglomerado de individuos que se aprietan y se golpean físicamente en un ambiente restringido, y la muchedumbre de las intenciones contrastantes que forman una red de deseos, de temores, de esperanzas, en la que los seres racionales no saben ya si deben configurarse a la razón o al sentimiento a fin de entenderse de alguna manera en el interés de la comunidad.

XIII.— ¿La Providencia? Un hombre se dirige a sus asuntos: pensando en los lugares que debe recorrer, en los negocios que lo urgen.

Un auto lo roza de lado. Cinco centímetros más a la derecha y habría sido arrollado. Tenía intención de atravesar la calle, pero un aviso luminoso atrajo su atención por un instante... El instante fue suficiente para no hacerse notar como un elemento vital de la existencia de ese hombre, pero sí para salvarlo de hecho.

... Alguien encuentra un amigo y se detiene de improviso. '¿Tú aquí?'. Un paso más y habría tropezado, pues no se había percatado del desnivel. Ahora sigue su camino, pensativo. Entra en un café y se sirve algo, pero en el borde de la taza que se lleva a los labios hay millones y millones de pequeños seres que no ve, en los que no piensa; sabe que existen, que matan, pero no le pasa lejanamente por la cabeza que estén allí, al acecho. Toma distraídamente la taza con la mano izquierda; los

microorganismos se encuentran en la parte opuesta. Está salvado. Ignora el peligro que ha corrido. La Providencia . .

Ahora un hombre cualquiera entra en un cine. De nuevo la guerra. El film exalta el sacrificio superando el concepto de 'enemigo'.

El enemigo no existe; sólo existe el adversario . . . El hombre cualquiera se conmueve: se trata de una serie de gestos marcados con un espíritu muy elevado de caridad.

Los juicios que formula el espectador, al salir del cine, son contrarios a los que formulara pocos días antes. Opuestos. Pero, la vida común vive la oposición.

En efecto: se aplaude al enemigo de ayer. Es el mismo que fue señalado como un ser digno de desprecio. Importa poco. Ayer . . . no hoy. En el instante presente no hay contradicción ya que se aplaude o no se aplaude. No lo uno y lo otro, sino lo uno o lo otro. Pero, lo uno sigue a lo otro.

—De acuerdo, pero, es extraño.

—¿Extraño? ¿Y por qué? Extraño, si no fuese corriente, pero es corriente. Uno entre la muchedumbre grita 'Viva'. Ahora grita 'Abajo'; estos son los gritos cuando los hombres se reúnen masivamente. Extraño, en absoluto: corriente. Y siempre será así: cuando observamos lo corriente, se vuelve extraño y cuando notamos que es corriente se concluye entonces que no es extraño.

Ahora se aleja. ¿Quién? El hombre común. Desaparece entre la muchedumbre, y ya no se le ve. Se escucha una vez más 'Viva'. Ahora rechiflan. La muchedumbre rechifla. ¿Contra quién? 'Qué sé yo'. El que responde 'qué sé yo', se encoge de hombros: Contra el Ministro . . . Contra el general . . . Contra el comandante . . . Hombres cualesquiera que en el intento de diferenciarse ya no han encontrado a los hombres, sino a una muchedumbre que los levantaba o los abatía.

Han pasado exactamente quince minutos. La asamblea se ha disuelto. Un negocio con un vidrio roto. Es todo lo que queda de la muchedumbre.

—¿Tienes el recibo del Seguro?

—¿Sí, en la caja fuerte.

Es el propietario de la vitrina que consulta al cajero mientras observa los daños. Ahora la calle aparece desierta...

No interesa tanto convencer a alguien de algo como convencerlo de que siempre estuvo convencido de ello.

Verdad que la conciencia común ha asimilado y que ha venido defendiendo una doctrina filosófica (el platonismo)...

La experiencia común está transida de un siempre.

'Quien actúa así pensará *siempre* que...?' *Siempre* es la misma cosa. 'Nunca la podré olvidar'. 'Amaré, sufriré *siempre*'...

Es como si la contingencia de las acciones humanas no lograra incidir mínimamente sobre el presupuesto del siempre que domine la experiencia de cada cual.

Más que en otras, es en la experiencia de la muerte donde el siempre se presenta como una condición fundamental.

'Ha muerto', es un juicio, un juicio al que sigue un sentimiento a veces insoportable. Pero, la experiencia corriente de la muerte es la de todos los días: experiencia de privación, de incompreensión. Y es la vida la que permanece con su constante apelación a lo divino.

La existencia del otro corresponde a una *certeza*: estoy cierto de la existencia del otro, aunque no poseo experiencia de ello, en el sentido que el sentir es mi sentir y no el sentir ajeno. La experiencia circunscribe una soledad.

Se puede hacer notar que la experiencia, que es un elemento constitutivo de quien la posee (un elemento constitutivo y una exclusividad), no es exclusiva por el contenido (mi sentir es exclusivamente mío, no así lo sentido). Sin embargo, cierta doctrina excluye que lo sentido sea independiente del sentir... El sentido común, en cambio, sabe que el otro (que el yo ajeno) es siempre algo sentido (mi sentir; sentir el sentir ajeno es una vez más algo propio de nuestro sentir); que el otro sea

alguien que siente y no sólo algo sentido, esto último, es un dato de conocimiento, no de experiencia. Es decir: lo sé, no lo experimento...

El sentido común sabe que el sujeto no se reduce a su experiencia... Si el hombre se redujese a su experiencia extensa e inextensa, para usar expresiones propias del pensamiento crítico, no lograría superar la soledad aneja a toda experiencia. No superaría la soledad de su experiencia. En definitiva, su vida iría a cada instante acompañada de un extraño comentario, el comentario de la deducción lógica que podría definirse el drama de la lógica constante: 'Esta es una experiencia mía y nada más que una experiencia mía'.

Estoy también yo...', la objeción del otro excluido (el principio de la doctrina del sujeto único reposa sobre la exclusión del otro).

'Efectivamente, pero como mi experiencia'. Esta, la respuesta del lógico consecuente...

El solipsismo es doctrinariamente confutable. El otro no se reduce a mi experiencia. Y si el otro no se reduce a mi experiencia (de la existencia del otro es algo de lo que estoy cierto) el otro como experiencia es la experiencia de un límite de mi actividad... Reducir al otro a una certeza es excluir la idea de la muerte. De la muerte se tiene, en efecto, una experiencia en el sentido indicado, no una certeza. La certeza es de la vida.

Es equivoca la expresión de esperanza en la inmortalidad: nada hay de más cierto. Esperanza en una vida mejor, eso sí: y es la conclusión de la experiencia común y su supuesto.